

blos de España. Su fiesta se celebró al principio el día 3 de octubre; pero la trasladó y la fijó al día 10 el papa Inocencio XII.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Domine Jesu Chrīste, veræ humilitatis et exemplar et præmīum, quæsumus, ut sicut beatum Franciscum in terreni honoris contemptu imitationem tui gloriosum effecisti; ita nos ejusdem imitationis, et gloriæ tribuas esse consortes. Qui vivis et regnas....

Señor mio Jesucristo, ejemplo y premio de la verdadera humildad; suplicámoste que así como hiciste el bienaventurado Francisco glorioso imitador tuyo en el desprecio de los honores de la tierra, así tambien nos concedas que sigamos sus pasos en tu imitacion, y le acompañemos en tu gloria. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el día III, pág. 57.

NOTA.

« Tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, todos los que escribieron sobre máximas de religion y de virtud nos propusieron por ejemplares ó modelos á los hombres grandes que practicaron la virtud, y observaron estas máximas. Así lo hace el autor del libro del Eclesiástico, singularmente en el capítulo de donde se sacó esta epistola. »

REFLEXIONES.

Fué amado de Dios y de los hombres. Esta es la suerte y como la herencia de la verdadera virtud. Ama Dios á los buenos, y por estragado, por corrompido que esté el corazon humano, tambien los hombres los es-

timan. Es este un tributo que se paga á la virtud, aunque rebiente el amor propio, y á pesar de todas las pasiones que conspiran contra ella. Mientras se conserve una sola centella de razon, la que nunca se apaga totalmente, quiera ó no quiera, ha de rendir esta especie de vasallaje á la verdadera devocion; y si se ven tantos que se desenfrenan contra los hombres virtuosos, es precisamente porque no se quieren persuadir á que verdaderamente lo son. Quisieran ellos ver desterrada del mundo á la verdadera virtud, ó por lo menos que se considerase imposible su práctica para libertarse de aquellos remordimientos, de aquel vergonzoso rubor que les causa la que notan, ó no pueden menos de admirar en muchos otros con quienes viven. Esfuérsase su mismo amor propio á persuadirles, con artificio siempre maligno, que no es virtud verdadera la que observa en los demás; y de aquí nace aquel desbocarse, aquel desencadenarse contra todos los devotos. Tanta verdad es que la incredulidad en materia de virtud por lo regular no tiene otro principio que el despique y la disolucion. Quien formare concepto cabal, justo y claro de la verdadera virtud, se ha de sentir forzado, por decirlo así, á respetarla, á amarla y hacerle la justicia que se merece. Acerquémonos á reconocer su verdadero retrato. Un hombre sólidamente virtuoso, un hombre que ama perfectamente á Jesucristo, es un hombre sin amor propio, sin artificio, sin ambicion. Es un hombre en todos tiempos severo consigo mismo, sin disimularse, sin perdonarse cosa alguna; y en todos suavísimo, dulcísimo con los demás, disculpando en ellos todo; honrado sin afectacion, amigo de complacer sin baja-jeza, servicial sin interés, exactísimo en todo sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin opresion, nunca ocioso, pero nunca acongojado; empleado siempre con sosiego, pero nunca distraído ni meno-

disipado con la multitud de los negocios: conservando siempre su corazón sereno y libre, como ocupado continuamente en el gran negocio de los negocios, que es el de la propia salvación. Haciendo bajísimo concepto de sí mismo, reserva toda su estimación para los demás, en quienes solo ve lo mucho bueno que tienen, y en sí solamente considera lo mucho malo que le acompaña. Como solo se gobierna por máximas superiores, no cree que le agravian los que le desprecian, porque está persuadido de que los que le honran le dan lo que no le deben. En fin, es un hombre á quien siempre se le encuentra igual, como quien tiene todo lo que quiere, porque no quiere mas que lo que tiene. Siempre contento, siempre tranquilo y siempre del mismo humor, sin que los sucesos prósperos le engrían ni los adversos le abatan, sabiendo muy bien que unos y otros vienen de la misma mano; y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre lo que Dios hace. Este fué el santo cuya fiesta se celebra hoy.

El evangelio es del capítulo 19 de san Mateo, y el mismo que el día III, pág. 59.

MEDITACION.

DE LA VERDADERA MORTIFICACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la mortificación es tan necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo, como que es la primera lección que da el mismo Cristo á los que quieren ser sus discípulos, y sin ella no hay que pensur en serlo. *Si alguno quisiere venir en pos de mí, dice*

el mismo amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.* Las señales mas seguras de sólida virtud que dan los santos es la perfecta mortificación; no solo porque no hay virtud que pueda conservarse largo tiempo sin una generosa y constante mortificación, sino porque sin mortificación no hay verdadera virtud. Nacemos todos con tanta propensión al mal; mortifícanse, y aun se multiplican nuestras pasiones con los años, engañánnos los sentidos; y siempre de inteligencia con aquellos enemigos domésticos, sin cesar, nos están armando lazos que el amor propio solicita ocultar para que no los descubramos. Vémonos precisados á desconfiar de nuestro mismo corazón; todo parece que conspira á nuestra perdición, todo nos hace traición. Solamente la mortificación del alma y cuerpo, de potencias y sentidos puede enflaquecer las fuerzas de tanto enemigo poderoso. Ella es el antídoto, el preservativo contra el veneno preparado que se bebe sin advertirlo. Es verdad que solamente la gracia puede desarmar tan poderosos enemigos; pero no es menos verdad que será poca eficaz la gracia mientras dejemos á las pasiones, al amor propio y á los sentidos entera libertad para apacentarse y para satisfacerse. Es preciso macerar el cuerpo, mortificar los sentidos, sujetar las pasiones; es menester dejarlas sin fuerzas para ponerse en defensa. En estando sujetos los sentidos, nunca están libres las pasiones. Son muy débiles sus asaltos cuando no las sostiene el amor propio. En estando bien domada la carne, fácilmente se reprime su alboroto; especialmente cuando el entendimiento y el corazón no están de acuerdo con los movimientos sediciosos. Tienen poca fuerza los auxilios de la vigilancia y de la gracia de un hombre inmortificado.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hasta los mismos santos, aun con todo el ejercicio de la mas austera mortificacion, aun en medio del mayor recogimiento, aun armados con todos los instrumentos de la mas rigida penitencia, todavía tienen mucho que velar, mucho que orar, mucho que combatir para no ser vencidos; pues ¿cómo se ha de conservar por mucho tiempo inocente un hombre inmortificado, un hombre sensual, un hombre esclavo de sus pasiones, y dominado de sus sentidos? ¿cómo ha de salir victorioso? Concíbese la mortificacion como una virtud que solo habla con los perfectos, ó á lo mas como una virtud de puro consejo que á ninguno obliga. Pero ¿será puro consejo dejar á los cristianos en plena libertad para ser ó para no ser discipulos de Cristo? ¿será puro consejo el intimarnos el Salvador del mundo que el que no se hiciere violencia no entrará en el reino de los cielos? ¿será puro consejo el protestarnos que si que no llevare su cruz todos los dias, ni será digno de él, ni podrá ser discípulo suyo? Pero si todos estos son oráculos para todos los cristianos, si esta es la doctrina pura de Jesucristo, ¿no serán estos verdaderos y rigurosos preceptos? Desengañémonos: ni la edad, ni la condicion, ni el estado, ni los empleos, ni la dignidad nos pueden dispensar de la ley. Y así como ni el tiempo ni el lugar nos libran de la inclinacion al mal, como no nos ponen á cubierto de los lazos y de los artificios del enemigo comun, como no apagan en nosotros el fuego de la concupiscencia, así tampoco puede dispensarse nadie de la obligacion de mortificarse sin poner á peligro su salvacion. Los seglares y los religiosos, bien que los religiosos con mas razon que los seglares, todos están indispensablemente obligados á llevar su

cruz, á aborrecerse á si mismos, á hacerse violencia, á domar su genio, á mortificar sus sentidos y á vencer sus pasiones. Esta es una ley general de la religion que obliga á los grandes del mundo y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los legos y á los eclesiásticos, á las mujeres que se quedaron en el siglo y á las que se retiraron á los claustros. Dícese que no todos pueden ayunar; algun dia examinará Dios esta proposicion; ¡y cuán de temer es que se halle falsa! No todos pueden traer cilicio ni macerar su carne con disciplinas (pocos habrá que no piensen otra cosa en la hora de la muerte); pero á lo menos todos pueden y todos deben hacerse violencia para entrar en el reino de los cielos; todos pueden privarse de muchos gustos, aunque sean licitos; todos pueden y todos deben sufrir con paciencia las injurias; todos pueden y todos deben perdonar á sus enemigos. Ninguno hay que no pueda hacer al cabo del dia cien pequeños sacrificios; las comodidades, las conveniencias poco necesarias, la delicadeza, el juego, las diversiones, el regalo, todo esto ofrece abundante materia para ellos. ¿Pues quién dirá ahora que no se puede mortificar?

Puédolo muy bien, Señor, ayudado con vuestra divina gracia. Esta os pido con tanto mayor fervor, cuanto es grande el deseo que tengo de mortificarme los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS.

Ipsé me reprehendo, et ago pœnitentiam. Job 42.
Yo mismo me acuso, y hago penitencia.

Absit mihi gloriari, nisi in cruce. Galat. 6.
Sí, mi Dios, desde aquí adelante toda mi gloria la pondré en mortificarme.

PROPOSITOS.

1. La mortificacion es inseparable de la vida cristiana; busca un solo santo que no sobresaliese en esta virtud. No digamos ya que la mortificacion es buena para los santos; si algunos se hubieran de considerar dispensados de practicarla, debieran ser las almas inocentes y puras. Con todo eso, los amigos de Dios son, por lo comun, los mas mortificados; pero ¿quiénes tienen mayor necesidad de mortificarse que los pecadores? Digamos, pues, en adelante que la mortificacion es la legitima, es el patrimonio de todos los cristianos; y que es la virtud que caracteriza á todos los escogidos de Dios. Procura que en adelante sea tambien la tuya. Practica con espiritu de religion todas las que fueren de precepto. Nunca te dispenses ni en los ayunos ni en las abstinencias de la Iglesia. Ha llegado el dia de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algun rastro de religion se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distincion, de conveniencias, ó ser sugeto visible para considerarse desobligado de ayunar y de comer de vigilia; esta obligacion se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legitimos algunos; pero no te figures tú que lo son todos.

2. Acostúmbrate á la mortificacion interior de tus pasiones, de tus inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificacion exterior. Son siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo; consulta con un prudente confesor las que son mas proporcionadas para tí, y no te descuides

en practicarlas, advirtiendo que son remedios y son preservativos.

SAN LUIS BELTRAN.

En la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de Enero de 1525, nació san Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca santo Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran y Angela Exarch, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud, no permitian que fuesen infructiferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales á las esperanzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgustos, acallaban sus lloros y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle á la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesus y de Maria, se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó á rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando, por una tierna devocion anticipada á la Reina de los ángeles, la rezaba diariamente su oficio. A esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos miste-